

# **Crezcamos en el amor (2/4)**

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo) en Puerto Rico  
2020

## Crezcamos en el amor (2 de 4)

En nuestra última sesión se nos pidió que discutiéramos el crecimiento en la Palabra, y empezamos por señalar que en las Escrituras se habla de la Palabra como el poder mismo de Dios, poder mediante el cual llama a toda la creación a la existencia. Ahora nos toca discutir el tema señalado para esta sesión, “Crezcamos en el amor”, y de inmediato me viene a la mente el hecho de que, si el Evangelio de Juan dice que la Palabra era en el principio con Dios, y que la Palabra era Dios, la Primera Epístola de Juan dice que “Dios es amor”. Luego, de igual modo que antes relacionamos el crecimiento en la Palabra con el hecho de que la Palabra es Dios, ahora nos corresponde empezar relacionando el crecimiento en el amor con el otro hecho fundamentalmente bíblico de que Dios es amor.

Empecemos entonces por aclarar un poco eso de que “Dios es amor”. Ciertamente no quiere decir que cualquier amor es Dios, de igual modo que no toda palabra es de Dios. Aunque Dios nos ha dado el don de la palabra a imagen y semejanza suya, hay palabras torcidas, palabras mentirosas, palabras que destruyen en lugar de construir. Y lo mismo podemos decir del amor. Aunque Dios nos ha dado el don de amar, también a imagen y semejanza suya, hay supuestos amores que en realidad son amores torcidos y destructivos, como vemos a diario en los numerosos casos de abuso doméstico y de abuso de menores. Dios es Palabra, pero no toda palabra es de Dios; y Dios es amor, pero no todo “amor” es de Dios.

Otro punto que es necesario aclarar es que tenemos que ampliar nuestra visión de lo que quiere decir eso de que “Dios es amor”. Cuando leemos las palabras de la Primera Epístola de Juan, lo que de inmediato nos viene a la mente es el hecho indudable de que Dios nos ama. Esto se entiende, pues la experiencia sorprendente de la gracia de Dios aun en medio de nuestro pecado nos deja encandilados, de tal modo que no vemos sino ese sol refulgente de la gracia inmerecida que hemos recibido y que seguimos recibiendo cada día.

Pero decir que “Dios es amor” implica mucho más que eso. Sí, implica que Dios me ama a mí. Sí, implica que Dios te ama a ti. Sí, implica que Dios ama a la iglesia. Sí, implica que Dios ama al mundo. Sobre todo eso volveremos. En cierto modo, es precisamente porque se relaciona con ese amor que rige el mundo, que aquel famoso bolero nos conmueve.

Cuando nada en la tierra,  
Quede que tibie el sol,  
Cuando nada en la tierra,  
Quede que evoque ya.

Cuando sobre la tierra no haya ya mi dolor,  
Solo habrá una niña y ella será el amor,  
El amor, el amor, para empezar.

Pero decir que “Dios es amor” es todavía mucho más que eso. Es decir que Dios es amor, aunque yo no esté ahí para amarme. Es decir que Dios es amor aunque no haya creyentes y aunque no haya iglesia. Es ir mucho más allá del bolero y decir que Dios es amor, no solo “cuando nada en la tierra quede que tibie el sol”, sino que Dios es amor aunque no haya mundo. Dios no empieza a ser amor cuando crea el mundo. Dios es amor en sí mismo. En el

seno mismo de Dios, hay amor.

Esto es lo que quiere decir la doctrina de la Trinidad bien entendida. Tristemente, a lo largo de los siglos la doctrina de la Trinidad ha sido objeto de contiendas. Y ha sido objeto de especulaciones filosóficas que no vienen al caso. El resultado es que en fin de cuentas, al tiempo que afirmamos la doctrina de la Trinidad, no sabemos qué hacer con ella.

(Se cuenta de un estudiante que se presentó ante una junta para un examen doctrinal antes de su ordenación. Cuando alguien le preguntó sobre la doctrina de la Trinidad, el estudiante respondió con algo así como: “Pues señor, como usted sabe el Padre, .... Bueno, sin lugar a dudas el Padre es el Padre, porque como usted sabe, el Hijo, pues bien, el Espíritu Santo .... Bueno, hay que entender que el Padre, pues bien, el Hijo. Bueno, además, el Padre, si a mano viene, pues el Hijo... Y así es la doctrina de la Trinidad”. Tras un momento de silencio, alguien le preguntó, “Perdone, Señor ¿podría aclararme eso?” El joven le respondió con otra serie de palabras igualmente cantinflecas. Todavía insatisfecho, otra persona le dijo: “Perdone, pero no le entiendo”. A lo que el joven respondió, “No se supone que lo entienda, porque la Trinidad es un misterio”.

Aunque eso nos haga reír, la verdad es que es precisamente eso mismo lo que con tanta frecuencia hacemos nosotros mismos: afirmamos la doctrina de la Trinidad, pero no sabemos qué hacer con ella.

Quizá el problema esté, como dijo el obispo africano Christopher Mwoleka hace unas pocas décadas, en que nos acercamos a la doctrina de la Trinidad de una manera indebida. Nos acercamos a ella, decía él, como si Dios nos hubiera dado un rompecabezas que resolver, cuando en realidad lo que Dios nos ha dado es un ejemplo que imitar. Cuando se nos dice que Dios es Padre, que Dios es Hijo, y que Dios es Espíritu Santo; y que aunque estos tres no son lo mismo, y todos son Dios, no hay sino un solo Dios, nuestra reacción inmediata es preguntarnos cómo tal cosa puede ser, y tratar de compaginarlo todo mediante especulaciones metafísicas. Pero lo que Mwoleka y otros señalan es que la doctrina de la Trinidad nos lleva a pensar acerca de lo que es ser uno de un modo diferente, de una nueva manera. Dios es uno, sí; pero Dios no es uno del mismo modo en que una piedra es una, o una manzana es una. Tales objetos son uno porque están solos, apartados de los demás. Una piedra junto a otra piedra viene a ser dos piedras. Si llamamos a la manzana “una”, lo que estamos haciendo es apartándola, distinguiéndola, separándola de toda otra manzana. Eso es también parte de lo que queremos decir cuando afirmamos que Dios es uno. Pero también queremos decir que Dios es único, que no hay otro como Dios.

¿Qué es lo que hace a Dios único? Bien podemos decir que Dios es único en su poder. Es principalmente a esto que nos referimos al cantar, “No hay dios tan grande como tú; no lo hay; no lo hay. No hay Dios que pueda hacer las obras como las que haces tú”. También podemos decir que Dios es único en su sabiduría. Pero la Primera Epístola de Juan, al decir que “Dios es amor”, está señalando a una dimensión de la unicidad de Dios que frecuentemente relegamos a

un segundo lugar, pero que es esencial. Dios es amor, no ante todo porque nos ame a los creyentes, o porque ame a todos los humanos, o porque ame al universo entero; Dios es amor porque en el seno mismo de Dios está el amor. Dios es amor porque Dios es trino; porque la unidad de Dios no es la de una piedra, sino que es más bien la unidad de tres entre quienes el amor es tal que los tres son uno —o de uno cuyo amor es tal que se desenvuelve en tres. Dios es Padre; Dios es Hijo; Dios es Espíritu Santo; y Dios es estos tres en una unidad de amor que es mucho más profunda, mucho más sólida, que la unidad de una piedra, que no es sino una serie de moléculas ligadas entre sí.

Traslademos esto entonces al nivel del amor humano, y vemos que la doctrina de la Trinidad, que tan fácilmente arrinconamos como un rompecabezas insoluble, debe colocarse. Estamos llamados y llamadas a crecer al centro mismo de nuestra fe como el ejemplo máximo a imitar en el amor por una razón semejante a la que nos llama a crecer en la Palabra: Hemos de crecer en la Palabra porque Dios es Palabra, porque Dios es Verbo; y hemos de crecer en el amor porque Dios es amor. Además, al igual que crecer en la Palabra es don del Dios que es Palabra, así también el crecer en el amor es don del Dios que es amor.

Porque Dios es amor, toda su creación lleva el sello del amor. Es con toda razón quedamos a esa creación el nombre de “universo”. La palabra misma es significativa, pues es una combinación de dos palabras latinas: En primer lugar, la palabra *unus*, que quiere decir uno. La creación, por muy multiforme que sea, sigue siendo una. No en balde dice el Credo Niceno que Dios es

“creador de todas las cosas visibles e invisibles”. Por muy dispares que nos parezcan los distintos elementos de la realidad en que vivimos, en fin de cuentas son uno. Son uno por acción del Dios que es uno. Desde las mínimas partículas subatómicas que los científicos van descubriendo según avanzan sus conocimientos, hasta las más lejanas nebulosas que los astrónomos van también descubriendo, en fin de cuentas todo es uno. Todo es parte de un solo propósito de un solo Dios creador. Ciertamente, cómo puede ser eso se encuentra más allá del alcance de nuestras mentes, que también son parte de esa una creación de Dios. Pero el universo, además de ser uno es variado. Aquí entra en juego la segunda palabra que viene a formar parte del término “universo”. Esa segunda palabra es el verbo latino *vertere*, particularmente su participio *versus*. Esta última es una palabra que todavía hoy usamos cuando se anuncia por ejemplo una pelea pugilística como “Pedro el Tigre *versus* Juan el Matón”. En ese caso lo que se quiere decir con esa palabra es que estas dos personas se enfrentarán una a otra, yendo en direcciones opuestas para encontrarse de una manera violenta. Pero al mismo tiempo que hay una oposición entre este Pedro y este Juan, en fin de cuentas los dos forman parte de un solo programa, de una sola empresa, y por tanto aún en medio de su oposición violenta son uno. El verbo *vertere* también tiene sentido de dirección. Pedro y Juan son adversarios porque marchan en direcciones encontradas. De manera semejante, al hablar de todo cuanto nos rodea y todo cuanto somos como el *uni-verso*, estamos a la vez reconociendo los conflictos y adversidades que lo componen y la unidad de propósito y de dirección que le hacen ser verdaderamente un *uni-verso*.

Pero esta imagen puede llevarnos más lejos. En términos físicos, todo el universo está atado, según nos dicen los científicos, por una gran ley universal que llamamos la fuerza de gravedad. Es muy fácil expresarla en pocas palabras: todos los objetos que hay en el universo se atraen y ejercen una influencia el uno sobre el otro. La Luna gira alrededor de la Tierra debido a la fuerza de gravedad que la Tierra ejerce sobre la Luna. Pero al mismo tiempo la Luna ejerce su fuerza de gravedad sobre la Tierra, lo cual se ve por ejemplo en las mareas. Esa fuerza es la que hace que la lluvia caiga sobre la tierra. Esa fuerza es la que hace que nuestro planeta gire en torno al Sol.

Lo que me llama la atención de la fuerza de gravedad como señal de la unidad de nuestro universo es que en fin de cuentas todo objeto, toda masa, por muy pequeña que sea, afecta a todo el resto. Naturalmente, el impacto de una cosa sobre otra depende en buena medida de la distancia que las separe, así como de su tamaño relativo. Como me enseñaron en la escuela hace muchos años, la fuerza de gravedad está en relación directa con el producto de las dos masas e inversa con el cuadrado de la distancia. Pero por muy grande que sea esa distancia las dos masas siempre se atraen mutuamente. Por otra parte, aunque haya esa atracción mutua, ese vínculo inquebrantable entre todas las cosas, sigue habiendo diferencias entre ellas. La fuerza de gravedad no evita que haya partículas atómicas girando en torno a sus núcleos, o que haya satélites en torno a los planetas, o planetas en torno a los soles, etc.

Me parece que en esto hay una metáfora que nos ayuda entender no solamente las realidades del mundo físico, sino también las del mundo espiritual y moral. De igual manera que hay una

relación invisible entre todos los astros, así también hay una relación invisible, un vínculo inquebrantable, que une a toda la humanidad. Ese vínculo es el amor. Será en buena medida un amor torcido, será un amor que deja mucho que desear, pero sigue siendo el vínculo en que Dios nos ha unido; y, de igual manera que Dios ha hecho de toda la realidad física un solo universo, así también ha hecho de todos nosotros y nosotras una sola humanidad. Ciertamente, hay en medio de esa humanidad muchas relaciones adversas; pero después de todo seguimos siendo parte de la misma historia, como aquel Pedro el Tigre y aquel Juan el Matón son parte de la misma empresa. Somos indudablemente diferentes, pero en fin de cuentas somos también uno.

En cierto modo que es importante señalar, pero que también debemos cuidar de no exagerar, esa unidad del universo, una unidad en la que cada partícula se entrelaza con todas las demás de tal manera que todas son una, y sin embargo no se confunden, es imagen del amor eterno que existe dentro de ese Dios trino de quien la Epístola dice que es amor. Las tres personas de la Trinidad se aman con un amor tal que son uno. Toda la creación de Dios se atrae con una atracción tal que viene a ser una.

Detengámonos por unos minutos a pensar un poco más acerca del amor de Dios. Ese amor tiene dos dimensiones, o quizá hasta podríamos decir dos niveles. En primer lugar, está el amor mutuo entre las tres personas de la Trinidad. Ese amor, que es paralelo a lo que en el lenguaje común llamaríamos “amor correspondido”, lleva a una unidad absoluta. Es ese amor lo que

hace que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean uno. Pero también sabemos, experimentamos y proclamamos, el amor de Dios, por así decir, “hacia fuera”. El amor de Dios hacia el universo es lo que lleva a la creación, aunque esa creación se rebele contra Dios. Es el amor de Dios a la humanidad lo que lleva a la creación de la humanidad, aunque esta se rebele contra Dios. Es el amor de Dios hacia Israel lo que lleva al llamamiento de Abraham, a la salida de Egipto, a la creación del pueblo mismo, aunque Israel sea rebelde contra Dios. Es el amor de Dios a la iglesia lo que nos ha traído hoy acá, por muchas otras razones que tengamos. Amemos a Dios o no; amémonos entre nosotros y nosotras o no, estamos aquí gracias al amor de Dios. Como bien dice el pasaje bíblico, cuando aún éramos pecadores Dios nos amó primero.

Tristemente, ese amor no es siempre lo que podríamos llamar un amor correspondido. El amor de Dios se derrama hacia fuera, y lo que regresa no es sino una fracción de lo que sale. Aun aquellos creyentes que más aman a Dios, no le aman con la misma medida ni en el mismo modo en que Dios les ama a ellos y a ellas.

El tema asignado para esta sesión, crecer en el amor, implica un amor que cada vez se asemeje más a ese amor inigualable de Dios. Y esto quiere decir que se trata de amar tanto cuando la respuesta que se recibe es de amor como cuando no lo es. El Hijo ama al Padre y el Padre ama al Hijo, y por eso el Hijo puede decir “el Padre y yo una sola cosa somos”. Pero Dios también ama al mundo y hasta al necio que dice en su corazón “no hay Dios”. Dios ama al hijo pródigo, a la moneda perdida, a la oveja descarriada.

La primera clase de amor, el amor correspondido, es más fácil, al menos en cierta medida. Es más fácil amar a nuestros amigos que a nuestros enemigos. Es más fácil amar a quienes nos aman que a quienes nos desprecian y nos odian. Y no solo eso, sino que también es más fácil amar a quienes aman lo mismo que nosotros y nosotras. Es por eso que decimos, por ejemplo, que Fulano y Mengana se llevan bien porque tienen intereses comunes. Tal puede ser el caso si tanto Fulano como Mengana aman la música clásica. Puesto que tienen ese amor en común, se les hace más fácil amarse mutuamente. Algo semejante sucede en la iglesia, aun aparte de otras dimensiones bíblicas y teológicas. El amor mutuo que tenemos se refuerza porque tenemos muchos otros intereses comunes –el estudio bíblico, el cuidado del edificio, la formación de nuestros hijos e hijas, algún proyecto de servicio o de acción social, etc.

Todo esto es bueno y útil. Todas estas tareas, actividades y compromisos en que compartimos tienen gran valor en sí mismos, y además nos hacen más fácil amarnos mutuamente. Todas estas cosas tienen valor, y hacemos bien en ocuparnos de ellas.

Pero esos amores comunes no son la razón principal del amor en que buscamos crecer. La razón por la que buscamos crecer en amor es la necesidad que tenemos de corresponder al amor de Dios hacia nosotros y nosotras en la mayor medida en que podamos. Pero al decir esto tenemos que subrayar una vez más el hecho de que no se trata de un crecimiento de individuos solitarios, sino más bien del crecimiento de todo un cuerpo, de todo este pueblo de Dios que llamamos iglesia. Crecer en el amor, como crecer en la Palabra, es llamamiento ante todo a la

iglesia, a este cuerpo de Cristo que crece en el amor. Es en consecuencia de ese crecimiento en el amor del cuerpo todo que los individuos han de crecer también como parte o como miembros de ese cuerpo que crece en solidaridad.

Por siglos, buena parte de la iglesia cristiana ha manifestado y expresado esto mediante una serie de elementos en el culto que tristemente parecen ir desapareciendo —y desapareciendo sobre todo en cuanto al modo en que los entendemos. Aunque hay otros ejemplos que pudiéramos tomar, me estoy refiriendo particularmente a toda la secuencia que lleva desde la confesión de pecados hasta el compartir la paz. Empecemos por la confesión. Tristemente, cada vez más en muchas de nuestras iglesias el culto se divide esencialmente en dos partes: primero un período de alabanza, que consiste mayormente en una serie de cánticos y oraciones, y luego la predicación, que unas veces tiene algo que ver con lo que se dijo en la alabanza, y otras no. Pero en realidad uno de los pilares de la alabanza cristiana es el reconocimiento de que somos pecadores y de que aun en medio de nuestra pecaminosidad Dios nos sigue amando y perdonando. Cuando alabamos a Dios únicamente por su grandeza, por su poder, por las grandes cosas que ha hecho, pero no porque constantemente perdona nuestros pecados y nuestras faltas, estamos perdiendo una dimensión importante de la verdadera alabanza. La confesión de pecados, que se ha practicado desde tiempos antiquísimos, es importante, entre muchas otras razones, porque nos lleva a alabar a Dios, no ya solamente por su majestad y su grandeza, ni tampoco solamente porque responde nuestras oraciones y nos bendice de mil maneras, sino también porque este Dios majestuoso y poderoso, este Dios en cuyas manos

están los más distantes astros y las más pequeñas partículas subatómicas, nos ama de tal modo que decide perdonar y borrar nuestro pecado. Luego, cuando a la confesión sigue el anuncio del perdón de Dios, se multiplican las razones para alabar a este Dios que no es solo Dios de poder, sino también Dios de gracia. Si ese sentimiento no aparece en nuestro culto, algo se pierde en nuestra alabanza, por muy alegre y entusiasta que parezca ser.

En cierto modo, la confesión de pecados es paralela a los testimonios que frecuentemente tienen lugar en nuestros cultos. Por lo general los testimonios se refieren a las cosas buenas que Dios ha hecho por nosotros y nosotras. La confesión se refiere al mal que hemos hecho aun conociendo el amor y los designios de Dios. Luego, si los testimonios nos recuerdan la bondad del Dios que provee, sana y defiende, la confesión nos recuerda la bondad del Dios que ama y se duele con nosotros y nosotras, y que por tanto nos perdona. Y la confesión es en conjunto, porque tenemos que confesar que lo que nos une no es solo el amor, sino también nuestra pecaminosidad colectiva.

Tradicionalmente, a la confesión sigue primero la alabanza y acción de gracias, y luego el compartir la paz. En tiempos bíblicos, esto era lo que llamaban el “ósculo santo”, pues como señal de paz y reconciliación los creyentes se besaban. (Para quienes se preocupen por tales cosas, me apresuro a decir que los varones besaban a los varones, y las mujeres a las mujeres.)

La relación entre la confesión de pecados y la declaración de perdón por una parte, y el compartir la paz por otra, es importante. Al compartir la paz no lo hacemos – o no debemos hacerlo – solamente con aquellas personas con quienes tenemos buenas relaciones, y que no nos han hecho ningún mal. Compartimos la paz, no porque nos llevemos bien unos con otros y unas con otras, sino porque Dios nos ha perdonado tanto que no tenemos derecho alguno a dejar de perdonar. Si alguien me ha hecho algún mal, ese mal no puede ser tan grande como los muchos modos en que yo he afrontado a Dios. Y si Dios me ha perdonado mis afrentas, no puedo menos que perdonar a quienes me hayan ofendido. Recordemos las palabras bien conocidas de la Oración del Señor: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Y recordemos también el comentario del propio Jesús sobre estas palabras, que deja bien claro que lo que le estamos pidiendo a Dios es que tome nuestro propio espíritu de perdón como medida para el perdón que hemos de recibir de Dios. El mismo razonamiento en dirección contraria implica que si hemos recibido el perdón divino no podemos escatimarles nuestro perdón a quienes nos han ofendido o hecho algún otro mal.

Es por eso que a la declaración del perdón divino sigue el compartir la paz. Y, si hemos de ser fieles al significado de ese compartir la paz, al llegar ese momento en el culto debemos asegurarnos de saludar y compartir la paz no solamente con nuestros amigos y amigas, sino también y sobre todo con aquellas personas de quienes por cualquier razón nos hemos distanciado. Cuando de esa manera compartimos la paz, estamos verdaderamente creciendo en amor, edificando este cuerpo de Cristo cuyos miembros están unidos por coyunturas de amor.

Recordemos una vez más que no se trata de mi crecimiento en el amor, ni del tuyo, ni de ningún otro individuo, sino que se trata más bien del crecimiento en amor de todo el cuerpo de Cristo. Recordemos una vez más las palabras de Efesios: “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef 4.15-16).

Restan todavía algunas cosas importantes que decir acerca de este crecimiento en amor en primer lugar, aun a riesgo de redundancia, debemos recalcar una vez más que no se trata de un crecimiento individual, sino más bien de la edificación de todo el cuerpo de Cristo.

Dicho eso, sin embargo, es necesario añadir que este amor en el que estamos llamados a crecer es un amor a semejanza del de Dios. Cuando el amor es compartido y correspondido, como acontece en el seno de la Trinidad, el amor se traduce en unidad. Ya volveremos sobre eso al tratar sobre el crecimiento en la unidad. Pero cuando el verdadero amor no es correspondido, no por eso deja de amar. El Dios trino en cuyo seno reina el amor es también el Dios creador cuyo amor se desborda en toda la compleja belleza del universo. El Dios trino en cuyo seno reina el amor es también el Dios redentor que está dispuesto a darse a sí mismo en provecho de sus amadas criaturas. El Dios trino en cuyo seno reina el amor es también el Dios consolador, Espíritu Santo, que constantemente nos invita a experimentar y compartir el amor divino.

Todo esto lo dijo Jesús en forma muy sencilla pero tajante en el Sermón del Monte, cuando nos dijo que amar a nuestros amigos no tiene nada de gran importancia ni diferente, pues eso es lo que hace el común de las gentes. Y a esto Jesús añade que por tanto lo que nos corresponde es amar a los enemigos. Y lo dijo también en forma poética el apóstol Pablo en aquel famoso himno en Filipenses 2 en el que toma a Jesús como ejemplo para la vida cristiana:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Tenemos que recordar esto constantemente, porque de otro modo caemos en la trampa de seguir solamente el camino del amor que es bien recibido, y no el camino del amor hacia quien nos rechaza, quien nos hiere, quien ni siquiera quiere nuestro amor. Y sin embargo, es en esto último que verdaderamente somos imitadores del amor de Dios.

Quizá este sea el mejor momento para referirnos a lo que han escrito Anders Nygren y muchos otros sobre las distintas palabras que el griego emplea para referirse a lo que hoy llamamos “amor”. Temprano en el siglo pasado, Nygren, un distinguido teólogo luterano en Suecia, señaló la diferencia entre el amor eros y el amor ágape. A estos dos debemos añadir el amor llamado filía. Lo que caracteriza al eros no es lo que hoy llamamos “erótico”, sino que es más bien el hecho de que ese amor ama a quien puede darle algo que quiere o que le agrada.

Naturalmente, tal es el caso del amor erótico. Pero también es eros el amor que una persona siente hacia una sinfonía o una pintura porque le produce placer. El amor filía es el aprecio que

se le tiene algo de valor, ya sea por su belleza o por cualquier otra razón, y que frecuentemente lleva a una relación entre varias personas que lo comparten. Ya hemos dicho anteriormente que si dos personas gustan de la misma música o de las mismas convicciones políticas encontrarán entre sí una atracción que tiene cierto tono de amor. Esa es la filía. Pero frente al eros – y también a la filía, Nygren subrayaba el ágape, que es un amor que se da a sí mismo en bien del otro o la otra. En el sentido estricto, el amor humano nunca llega verdaderamente al último grado del ágape, pero a pesar de eso el ágape es una forma de amor que podemos experimentar y practicar. Esa es lo que se refiere Pablo al decir “Haya, pues en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús...”. El amor con que Dios nos ha amado no se basa en lo que somos o lo que podamos darle a Dios, sino que es un amor puramente gratuito, sin otro fundamento que la gracia de Dios que es amor.

A esto debemos añadir que el amor no es solamente un sentimiento, sino también una manera de actuar. Si el amor fuera únicamente un sentimiento, sería difícil entender el que se nos mande amar a los demás. Por lo común, nuestros sentimientos no están bajo nuestro control. No podemos decidir que Fulano nos va a caer bien, o que nos alegraremos cada vez que veamos a Mengana. Lo que sí podemos decidir es que en todas nuestras relaciones con Fulano o con Mengana haremos todo cuanto esté a nuestro alcance por el bien de ellos.

También en esto, por extraño que nos parezca, nuestro amor ha de ser amor a la semejanza del de Dios. El Señor lo dice bien claro precisamente en el pasaje en que nos manda amar a los

enemigos:

Oísteis que fue dicho: 'Amarás a tu prójimo y odia harás a tu enemigo'. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si ayudáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt 5.43-48).

Frecuentemente se emplea este pasaje, con toda razón, para ponernos por delante la meta de la perfección cristiana. Pero con una frecuencia casi igual se emplea también para llamarnos a una perfección que consiste en mayor pureza, mayor virtud y mejores acciones. Ciertamente, la pureza, la virtud y las buenas acciones tienen un lugar en el camino a la perfección. Lo que se nos olvida es que el pasaje nos dice que nuestra perfección ha de ser a imitación de la perfección de nuestro Padre. Y es significativo que en este pasaje Jesús nos presenta esa perfección de Dios, no en términos de un poder absoluto, ni en términos de una pureza absoluta, sino más bien en términos del amor y las bendiciones de Dios hacia quienes menos parecen merecerlos. Ciertamente, la Biblia nos dice que sin lugar a dudas Dios no se agrada de las acciones de los malos, sino que prefiere las de los justos. Pero ese mismo Dios, que tiene razones sobradas para amar a unos más que a otros, hace que llueva por igual sobre justos e injustos. El amor de Dios no es lo mismo que los sentimientos que Dios pueda tener hacia cada persona individual o sus acciones. El amor de Dios se derrama sobre todos por igual, sin importar tales sentimientos.

Luego, cuando Jesús nos llama a ser perfectos nos está llamando a actuar en amor hacia todas las personas, sin importarnos si nos agradan o no, ni tampoco si son buenas o no. Ciertamente, por su propio bien tenemos que hacerles ver a quienes hacen mal que sus acciones dejan algo que desear. Pero eso no es excusa para dejar de practicar con ellos ese amor en acción que debemos practicar ante todos por igual, como verdaderos hijos e hijas de este Padre que hace llover tanto sobre justos como sobre injustos.

El tema de la perfección cristiana ha sido objeto de muchos debates en la historia de la iglesia, y no tenemos por qué entrar aquí en ese debate. Sí debemos constatar, sin embargo, que la tradición a la que pertenecemos la mayoría de quienes estamos acá, se ha caracterizado siempre por su énfasis en el llamado a esa perfección. La meta del proceso de santificación es la perfección cristiana – perfección que algunos piensan puede alcanzarse en esta vida, y otros que es promesa para la vida futura, pero una perfección que todos ven como la meta del proceso de santificación. Pero esa perfección, si se le entiende mal, tiene graves consecuencias. Si la perfección cristiana es cuestión de virtud personal o colectiva, entonces tienen razón quienes se apartan de una iglesia cualquiera diciendo que son más santos y santas que el resto de la iglesia. Y tendrán razón también quienes más adelante se aparten de esa iglesia supuestamente más santa reclamando que son más santos y santas que esa iglesia. Y así el cuerpo de Cristo se va a quebrando y quebrantando indefinidamente.

Es por esto que tenemos que recalcar, como lo han hecho antes Juan Wesley y muchos otros, que la perfección cristiana es perfección en amor. No es la perfección porque no hagamos esto, ni porque hagamos aquello otro, por bueno que sea. La perfección cristiana, a imitación de la perfección del Dios que hace llover sobre justos e injustos, es la perfección que nos hace buscar por igual el bien de los justos y el de los injustos. La perfección de la iglesia no se manifiesta ante todo en la virtud de sus miembros, sino mucho más en el amor que esa iglesia tiene no solamente hacia sí misma y sus miembros, sino también hacia toda la sociedad que la rodea, en imitación del Dios Trino, Dios que es amor.

Ya que antes me referí al culto y el modo en que en el culto, es decir, en la confesión de pecado, en las palabras de absolución y en el compartimiento de la paz, se expresa nuestra respuesta a la gracia renovadora de Dios, podemos referirnos ahora a otro elemento del culto que nos da oportunidad para vivir y practicar ese amor que se derrama sobre buenos y malos, sobre amigos y enemigos, como reflejo del amor divino, que hace llover sobre justos e injustos. Me refiero a la oración de intercesión. En nuestras iglesias hacemos bien dedicándole tiempo a orar en conjunto y como un solo cuerpo por las necesidades de los demás miembros de la iglesia, y a veces por otras iglesias hermanas. Lo que frecuentemente olvidamos es que se nos llama a orar también por todo el resto del mundo, por los creyentes en todas las latitudes, por quienes no oran, por quienes nos detestan y hablan mal de la iglesia.

Uno de los elementos más sorprendentes en el culto cristiano de los primeros tiempos es lo que sabemos de la extensa oración de intercesión comúnmente llamada “la oración de los fieles”. Ya me referí antes al hecho de que cuando un neófito salía de las aguas bautismales se le ungía con aceite en señal, entre otras cosas, de que había venido a ser parte de este cuerpo sacerdotal que es el pueblo de Dios. Podemos continuar esa breve narración diciendo que tras esa unción y otros ritos parecidos el neófito podía por primera vez participar de la comunión, que era el centro del culto cristiano, como lo ha sido casi siempre a través de los siglos. Pero como parte de esa primera participación en la comunión se le permitía también participar por primera vez en la oración de los fieles. Ahora el neófito o neófita era parte del cuerpo sacerdotal que es la iglesia.

En esa oración de los fieles se oraba no solamente por los enfermos y necesitados dentro de la congregación, sino también por el resto de iglesia en otras partes del mundo, por quienes sufrirían persecución, por quienes se enfrentaban al martirio, por quienes no creían. Y se oraba también por el emperador que hacía perseguir a los creyentes, por los oficiales que obedecían sus órdenes, y por los soldados que las ejecutaban. Esto no quería decir que aquellos creyentes sintieran simpatías profundas hacia el emperador y sus políticas, sino sencillamente que, como hijos de quien hace llover sobre justos e injustos, debían pedir la lluvia de las bendiciones de Dios sobre justos e injustos, sobre perseguidos y persegutores.

Esto se nos hace difícil hoy, pero es a esto que nos llama Jesús al invitarnos a seguir el camino de perfección, que es el amor del verdadero crecimiento cristiano. Francamente, se me hace difícil tener sentimientos positivos hacia quien gobierna en el país en que vivo. Y no se trata solamente de que el individuo mismo me caiga mal, sino que se trata también de sus políticas, como resultado de las cuales hay millares de niños separados de sus padres, muertos en las fronteras, desasosiego en el mundo entero, palabras y discursos de odio y discriminación que se oyen por todas partes. Francamente, mi sangre bulle de enojo, y se me hace difícil orar por ese individuo, pero tengo que hacerlo. Al tiempo que oro por los niños separados de sus padres tengo que orar por quien les ha separado, porque soy miembro y heredero de aquella iglesia que oraba por el emperador – no pidiendo que se cumplieran todos los deseos del emperador, ni que se le diera más poder, sino que se le enseñara a gobernar bien y en justicia. La iglesia oraba entonces por aquel emperador porque buscaba amar a imitación de quien hace llover sobre justos e injustos. Y hoy también, en medio de nuestras polarizaciones políticas, en medio de un mundo en que todo parece ser competencia por salir delante de los demás, el Dios que hace llover sobre justos e injustos nos llama a rogar por los justos y por los injustos; porque el Dios que es amor nos llama al amor.

Para terminar, volvamos al pasaje en Efesios que viene a ser la base de todas las presentaciones en estos días: “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad de cada miembro, recibe su crecimiento para ir

edificándose en amor” (Ef 4.15-16). Me llama la atención el hecho de que este pasaje bíblico empieza hablando del amor, y termina hablando también del amor. Se nos invita a crecer en Cristo “siguiendo la verdad en amor” y al final del pasaje se nos dice que como cuerpo de Cristo nos edificamos en el amor. El amor al principio. El amor al final. Siempre el amor.

Si yo hablara lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que tiñe. ... El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas y el conocimiento se acabará. ... Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

